

JORDI CASASSAS

(Coord.)

LA
CONSTRUCCIÓN
DEL
PRESENTE

Historia del mundo
desde 1848
hasta nuestros días

Ariel



Índice

- PORTADA
- AUTORES
- PRESENTACIÓN
- PRIMERA PARTE. DEL TRIUNFO DEL ESTADO-NACIÓN A LA CRISIS DE LA HEGEMONÍA EUROPEA (1848-1914)
 - DINÁMICA POLÍTICA Y DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES
 - LAS TENSIONES DEL CRECIMIENTO (1870-1890)
 - LA CRISIS DE LA EUROPA MUNDO (1890-1914)
 - DINÁMICA DEMOGRÁFICA Y PROCESOS SOCIALES 1848-1914
 - LA DINÁMICA ECONÓMICA 1848-1914
 - LOS SISTEMAS POLÍTICOS, DOCTRINARIOS Y ESTRATÉGICOS
 - LA DINÁMICA CULTURAL (1848-1914)
 - CIENCIA Y TÉCNICA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX (1848-1914)
- SEGUNDA PARTE. LA «GUERRA DE LOS 30 AÑOS» DEL SIGLO XX (1914-1945)
 - DINÁMICA POLÍTICA Y DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES
 - LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL
 - EL PERIODO DE ENTREGUERRAS: LAS DEMOCRACIAS
 - LOS FASCISMOS
 - EL COMUNISMO
 - LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
 - LA DINÁMICA ECONÓMICA DEL PERIODO DE ENTREGUERRAS (1914-1945)
 - ALTA CULTURA Y CULTURA POPULAR EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS
 - CIENCIA Y TÉCNICA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX
 - TERCERA PARTE. EL MUNDO BIPOLAR Y LA DESCOLONIZACIÓN (1945-1991)
 - DINÁMICA POLÍTICA Y DE RELACIONES INTERNACIONALES
 - DE LA COLABORACIÓN ALIADA A LA GUERRA FRÍA

- LA ORGANIZACIÓN DE NACIONES UNIDAS
- EL PROCESO DE DESCOLONIZACIÓN
- LOS GRANDES RASGOS DE LA DINÁMICA POLÍTICA ENTRE 1945 Y 1973
- DE LA CRISIS ENERGÉTICA AL FINAL DEL MUNDO BIPO-LAR (1973-1990)
- LA DINÁMICA DEMOGRÁFICA Y SOCIAL
- LA DINÁMICA ECONÓMICA DEL PERIODO 1945-1990
- LA CULTURA OCCIDENTAL DE 1945 A 1980
- CIENCIA Y TÉCNICA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX (1945-1996)
- CUARTA PARTE. LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN: DE 1991 A NUESTROS DÍAS
- INTRODUCCIÓN
- EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA
- GLOBALIZACIÓN, LIBERALISMO Y DESARROLLO
- AMÉRICA Y EUROPA
- ASIA Y ÁFRICA
- LOS CONFLICTOS TRAS EL FIN DE LA GUERRA FRÍA
- ALGUNAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS PARA AM-PLIAR CONOCIMIENTOS
- NOTAS
- CRÉDITOS

AUTORES

JUAN AVILÉS es catedrático de historia contemporánea de la UNED. Entre sus publicaciones destacan *Pasión y farsa: franceses y británicos ante la Guerra Civil española* (1994), *La fe que vino de Rusia: la revolución bolchevique y los españoles, 1917-1931* (1999), *Pasionaria* (2005). Ha publicado numerosos artículos sobre temas de actualidad, especialmente sobre el terrorismo internacional.

DAVID CASASSAS es economista y doctor en sociología por la Universidad de Barcelona; investigador del «Grup de Recerca en Ètica Econòmicosocial, ciutadania i sociologia» (GREECS) de la misma universidad; es autor de diversos estudios sobre teoría social y filosofía moral y política.

JORDI CASASSAS es catedrático de historia contemporánea de la Universidad de Barcelona y director de *CERCLES. Revista d'història cultural*; ha publicado numerosos estudios sobre la historia política, social, institucional y cultural del área catalana. Su última obra es *El temps de la nació. Estudis sobre el problema polític de les identitats* (2005).

ÁNGEL DUARTE es catedrático de historia contemporánea de la Universidad de Girona. Sus investigaciones han versado sobre las culturas políticas, en particular la republicana, en la España de la segunda mitad del siglo XIX.

JUAN CARLOS PEREIRA es catedrático de historia contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, Diplomado en Defensa Nacional y Altos Estudios Internacionales y actual presidente de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales; entre muchos otros es autor de *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas* (2001) y *La política exterior de España, 1800-2003* (2003).

SANTIAGO RIERA es doctor ingeniero industrial y en historia; actualmente es profesor de historia de la ciencia y de la técnica de la Universidad de Barcelona. Entre sus obras destacan *Síntesis de la ciencia catalana* (1983), *Dels velers als vapors* (1994). Recientemente ha publicado diversos ensayos sobre temática científica.

ISMAEL SAZ es catedrático de historia contemporánea de la Universidad de Valencia. Ha publicado numerosos trabajos sobre fascismo, franquismo y relaciones internacionales. Entre ellos figuran *Fascistas en España* (en colaboración con J.Tusell), *Mussolini contra la II.ª República* y los recientes *España contra España. Los nacionalismos franquistas* y *Fascismo y franquismo*.

PRESENTACIÓN

JORDI CASASSAS

Este libro nace con la vocación explícita de ser un manual general del periodo contemporáneo. Ello significa que debe centrarse en la exposición ordenada de los hechos, pero que, al mismo tiempo, debe intentar ofrecer las claves que permitan entender el significado de dicho periodo en su conjunto, destacando, dentro de su marco general, aquellos fenómenos que los historiadores acostumbran a considerar como más importantes (y la prelación ya significa avanzar una primera explicación de los mismos).

Presentar un libro colectivo obliga en cierto modo a explicitar unos a priori que los diversos autores compartían (con el más-menos que comporta toda aventura intelectual) a la hora de ponerse a escribir y que se tradujeron en el primer esquema de trabajo. En el fondo, buena parte del valor de esta obra dependerá de la sintonía que los diversos autores transmitan a la hora de reflejar unas parecidas inquietudes como historiadores y, al tratarse de un manual, una similar valoración de sus respectivas experiencias como docentes y como profesionales.

En relación a esta última faceta, no creo alejarme del sentir común al reflejar una cierta alarma ante el exagerado y creciente peso del «presentismo» que invade la enseñanza universitaria de la historia contemporánea. De hecho, se trata de una tendencia que, en confluencia con una incontrollable y creciente utilización de las denominadas «nuevas tecnologías», y con la supeditación que a menudo aparece respecto las exigencias políticas inmediatas o del mercado,

puede volverse en contra de los posibles beneficios de esta situación reciente, propia de las modernas sociedades de la información y del conocimiento.

Con todo ello, parece apreciarse un uso creciente de las generalidades a-críticas, de las grandes imprecisiones, así como la desaparición de la perspectiva histórica global que debe acompañar todo quehacer del historiador. A nadie se le esconden los peligros derivados de la tensión periodística a la que todos nos hallamos sometidos. A cada momento aparecen hechos decisivos, «acontecimientos del siglo», etc. Por la naturaleza relativizadora de su mismo trabajo, al historiador le corresponde recordar que tan solo el paso del tiempo puede insinuar algo tan taxativo; de acontecimientos cuya influencia se prolongue más allá de un lustro existen muy pocos; los que influyen a más de una generación son realmente excepcionales.

Seguimos creyendo que el conocimiento ordenado y ponderado de los hechos es inseparable del conocimiento histórico y permite visiones más equilibradas y críticas de las cosas, al tiempo que nos confiere la verdadera libertad de análisis. Somos conscientes del alcance que durante las décadas centrales del siglo xx tuvo el paso del intelectual al doctrinario (con todos los extremos que ello conllevó). Pero aun en esta situación, que a estas alturas resulta ya tan cargante, la exposición universitaria nunca debería estar concebida para agradar a una determinada situación o escuela.

Claro está que no se trata de rechazar de plano esta historia que denominamos del «tiempo presente», del «mundo actual», etc., y que a menudo disputa sus fronteras con el periodismo, la politología, la antropología o la sociología (y si no hubiésemos perdido su conocimiento, incluso con la filosofía). La participación de los historiadores en esta tarea de inmersión sincrética e interdisciplinaria en el presente, dará cuanto menos como resultado una mejor ordenación de los temas, así como de la verdadera avalancha de la información de que disponemos hoy en día. De esta

forma, el historiador futuro encontrará un camino ya desbrozado; al mismo tiempo, dispondrá de muchos elementos para comprender las distintas valoraciones que se han ido realizando de su objeto de estudio.

De hecho, y por definición, la historia constituye un proceso que se abre al presente y, con ello, al futuro. Esta tendencia no depende exclusivamente de la movilidad propia que genera el transcurrir del tiempo físico, sino que también refleja una movilidad de tipo cultural, de una gran carga subjetiva: los hechos del pasado no paran de transformarse ante la mirada de los tiempos que le suceden. Claro está que ningún futuro podrá cambiar la realidad del pasado, pero sí —y la circunstancia no es nada desdeñable— la imagen histórica que se tiene de él. Una deformación extrema de ello la observamos en aquellos análisis que parten de diversos apriorismos (doctrinales o metodológicos, por lo común) y que han presentado una tendencia innata a considerar su presente como la «coronación de todos los tiempos», en aquel convencimiento de que la historia humana transcurre del menos al más y del que se burlaba el gran historiador suizo Jacob Burckhardt al atribuirles la afirmación «de que todo lo anterior solo ha existido en función de nosotros».

Lo cierto es que no podemos olvidar, con Federico Chabod (otro de los destacados que reflexionó en profundidad a la hora de publicar sus cursos universitarios), que los problemas que se plantean los grandes historiadores están íntimamente relacionados con las preocupaciones de su presente. Sus grandes interrogantes nacen de su propia conciencia, mientras buscan en el pasado algún tipo de respuesta. También como tantos otros, el mencionado historiador italiano no puede por menos que constatar como, una tras otra, todas las generaciones retoman el estudio de los mismos temas, periodos o personajes del pasado, compartiendo la convicción de que son los que han influido decisivamente en el transcurso de la Historia.

En consecuencia, ninguno de los grandes problemas de la Historia puede considerarse definitivamente cerrado o resuelto, sin que este relativismo signifique que la subjetividad extrema impida el trabajo riguroso del historiador (puesto que es en el procedimiento y método de análisis donde debe buscarse su rigor científico). Del nivel de la sensibilidad intelectual del historiador va a depender cómo interroga al proceso histórico, redescubriendo sus líneas de continuidad, los cambios relevantes (revolucionarios o no), los grandes ejes y su inevitable localización territorial (ningún manual puede leerse sin la compañía de un Atlas histórico o simplemente geográfico), así como la localización de aquellos momentos de especial densidad histórica que tanto nos ayudan a explicar los comportamientos individuales y colectivos.

Constituye una verdadera obviedad recordar que la periodización representa —a menudo de una forma incluso inconsciente y difusa— uno de los ejercicios más propios y característicos de los historiadores. Todo historiador sabe a la perfección que en ello estriba uno de los posicionamientos más sofisticados de su práctica profesional y por ello, muy a menudo, las grandes polémicas entre historiadores se han centrado en el establecimiento y justificación de una cronología, de una fecha simbólica o representativa de tal o cual corriente, de un lapso de tiempo que pueda considerarse frontera. Y lo cierto es que la reflexión sobre el tiempo no resulta nada fácil.

El siglo xx se inició, precisamente, con la reivindicación de la complejidad y la subjetividad del tiempo (magistralmente noveladas por Marcel Proust o James Joyce). Hasta entonces, el tiempo había sido tratado de una forma fundamentalmente lineal: podemos recordar el caso verdaderamente peregrino de aquel obispo anglicano que a mediados del Ochocientos y coincidiendo con la difusión de las teorías darwinianas utilizó el método genealógico para fechar el origen del mundo, resultándole su inicio el 28 de

octubre del 4004 antes de Cristo. Al paso del tiempo físico o matemático, desde el arranque del novecientos se le uniría la consideración del tiempo vital o natural (estacional, etc.), del tiempo personal (dilatándose o encogiéndose según momentos o estados de ánimo), del económico y el profesional, del social, del cultural y político, etc. El establecimiento de una determinada periodización no puede sujetarse exclusivamente a las exigencias del método (ya lo vimos en el caso extremo del obispo anglicano); debe tener presente, además, toda esta complejidad, subjetividad y tensión que se explica siempre por relación a las características de cada periodo histórico.

Todas estas reflexiones referidas a la complejidad del tiempo histórico y a la periodización se complican extraordinariamente a medida que ampliamos el espacio cultural-geográfico a estudiar. La tendencia a la mundialización, inherente a la dinámica contemporánea, representa la progresiva incorporación de continentes y civilizaciones que nunca se han regido por el calendario cristiano occidental, y de culturas cuya valoración del paso del tiempo dista mucho de la europea: millones de musulmanes o de chinos, pongamos por caso, viven referidos a un calendario absolutamente distinto al de Occidente. Hasta que a partir de 1900 no se inició el proceso de imposición de una hora oficial y de los husos horarios que permitían establecer la hora mundial, el «localismo temporal» fue la norma.

Todo manual de Historia, provisional por definición, tiene el deber de avisar al lector-estudiante que las periodizaciones cerradas son válidas tan solo desde una perspectiva didáctica. A medida que profundizamos e incorporamos más información para contrastar en nuestros análisis, más se resienten los compartimentos estancos y las tipologías que constituyen y sustentan las periodizaciones. Pero lo cierto es que la docencia implica la referencia, si se quiere algo estereotipada, a una cronología y a unos periodos.

En la línea de la que utilizamos en la actualidad, el precedente inicial de la periodización histórica lo hallamos en los cursos de «Historia y elocuencia» que realizaba Christopher Keller en la Universidad inglesa de Halle a fines del siglo xvii (y que terminó por publicar en un libro de un éxito más que notable). Fue él quien introdujo la distinción entre la historia «antiqua», el «medii aevi» y la historia «nova». Keller (conocido como Cellarius), de hecho lo que hacía era recoger y sistematizar un clima cultural, aparecido unos dos siglos antes, en el que se «descubría» lo medieval desde la «revolución» humanista; pero el éxito de su propuesta no hace sino indicar su potencial docente.

Como es lógico, a nosotros no nos corresponde realizar una periodización generalista como la indicada. Con todo, el hecho de circunscribirnos al periodo denominado contemporáneo (la actual historia «nova», donde debemos hallar aquello de lo que somos tributarios directos) no nos exime de un comentario acerca de la cronología que establecemos como frontera de estudio, tanto la inicial como la final. Esta explicación se hace más necesaria, si cabe, cuando enseguida se aprecia que no hemos optado por aquella cronología más tradicional, que hace arrancar el periodo contemporáneo de la doble revolución (la política liberal y la económica industrial) de fines del siglo xviii. De la misma forma ocurre con la cronología final, en la que no respetamos la separación académica más al uso, que diferencia lo contemporáneo de lo actual.

Contrariamente, el presente manual ha optado por centrar su atención en el periodo que transcurre entre 1848 (esto es, mediados del siglo xix) y nuestros días (aunque el tratamiento que se da al periodo 1990 hasta hoy sea de un carácter más ensayístico que descriptivo). Así pues, lo que se aborda es el estudio del siglo xx considerado en su dimensión más «larga» (así pues, lejos del punto de vista de «siglo corto» que propuso E.H. Hobsbawm): nos resulta imposible olvidar que desde la democracia o el populismo

político a la fotografía, a la estadística o incluso a la bicicleta, casi todo lo que determina nuestra forma de vida actual se puso en marcha ya en la segunda mitad del siglo XIX.

Podría optarse por el punto de vista de Geoffrey Barraclough, cuando en su renombrada *Guía de la historia contemporánea* (1.ª edición inglesa de 1964) situaba el punto de inflexión donde daba comienzo lo realmente contemporáneo en coincidencia con la desaparición política de Bismarck, hacia 1890. En este momento histórico, dicho historiador argumentaba que era cuando los problemas que interesaban a su generación en el momento de escribir su libro, habían adquirido por primera vez una «fisonomía clara».

Paradójicamente, unas décadas más tarde creo que la frontera la debemos retrotraer a mediados de aquella misma centuria. No vamos a pretender, ahora, enmendar la plana a todos los que han situado una frontera decisiva en el periodo que se abre con el fin de la Segunda Guerra Mundial. El origen de muchos de los conflictos actuales debe buscarse en la remodelación del mapa mundial diseñado en aquella posguerra y en el proceso descolonizador que llevó aparejado.

Pero una cosa es situar el origen inmediato de algunos conflictos y otra bien distinta es disponer de los elementos básicos que nos permitirán entender el significado de los temas de fondo, de las tendencias de largo alcance, de los ejes persistentes en las políticas exteriores, de la tensión (incluso la pasión) que se pone en la utilización de los grandes conceptos, etc. Creo que debemos valorar, ahora más que nunca, la aportación de Pierre Renouvin al estudio de las relaciones internacionales. Cuando en su libro *Les origines immédiates de la Guerre* (1925) introdujo el estudio de la cultura y la sociología políticas, de la demografía o de la economía y la técnica en la historia diplomática, pudo ha-

blar de aquellas «fuerzas profundas» que determinan las decisiones de los estados y que a menudo se justifican con el inquietante concepto de la «razón de Estado».

Si nos fijamos en los grandes temas que configuran nuestro presente creo que fácilmente podremos ponernos de acuerdo en que su origen o su justificación más directa no lo debemos situar ni en 1945 ni en 1890, sino, precisamente, en la segunda mitad del Ochocientos. Claro está que también entonces podría argumentarse que se están utilizando temas, tendencias y conceptos generados en la segunda mitad del siglo XVIII; pero por este camino deberíamos retrotraer nuestro análisis, cuanto menos, a la crisis bajo medieval y está claro que no es el caso.

Cuando se discute sobre la democracia, la mundialización, la relación tensa entre política y economía, las exigencias de la geopolítica, el papel revolucionario jugado por la técnica, la nueva dimensión del nacionalismo, el moderno desequilibrio norte-sur, la aparición de las políticas populistas de izquierda-derecha, el Estado y su intervencionismo extremo, sobre el papel de los intelectuales y de la cultura y muchos otros temas más, de hecho se está aludiendo a la tensión creciente de su puesta en marcha real (no teórica), la cual se había configurado en esta segunda mitad del siglo XIX europeo.

Los testimonios de ello son innumerables, hasta el punto de superar las posibilidades de un texto introductorio como este. Antes de adquirir su gran popularidad como novelista, en 1863, Jules Verne escribe su obra *París en el siglo XX*. El protagonista, Michel, se siente desconcertado por una sociedad futura determinada por la opresión moral y por unos índices enormes de uniformización como consecuencia de la tiranía del progreso técnico. Un par de años antes, el positivista italiano Carlo Cattaneo (que muere en 1869, sin ver apenas la «revolucionaria» apertura del canal de Suez) aún difundía su programa de modernización política en base al progreso científico y hablaba del ferrocarril

como del elemento que había permitido conectar la Historia con la Geografía y abrir de este modo el proceso irreversible hacia la mundialización.

Ya fuese en su versión más literaria o en la científica, las preocupaciones se irán centrando en la evidencia de que el mundo que va tomando forma a partir de esta segunda mitad del Ochocientos va a transformar en poco tiempo la misma faz de la Tierra y las formas de vida tradicional que aún subsisten. Citemos de nuevo a J. Burckhardt y a sus «Reflexiones» sobre la historia universal (realizadas en gran parte durante los años setenta del siglo XIX), las cuales parten de un interés real por la democracia pero que terminan por reflejar una gran inquietud por la forma que está tomando la implantación real de la misma y por las consecuencias culturales, sociales o políticas que de todo ello se van a derivar. Y es precisamente la preocupación que lo hace cauto y clarividente, llegando a ver que no tardará en concretarse una gran disyuntiva entre la «democracia total» y «un despotismo absoluto y violatorio de todos los derechos», ejercido por «jefaturas militares de pretendido cariz republicano»; que «el Estado militar que se avecina va a convertirse en una gran fábrica» y que este Estado va a asumir la tutela de la cultura y orientarla «según sus propios gustos».

El presente manual, a fin de analizar esta tensa transformación (la compleja «construcción del presente») así como sus grandes manifestaciones divide este proceso histórico en cuatro grandes periodos: el primero se titula «Del triunfo del Estado-nación a la crisis de la hegemonía europea (1848-1914)»; el segundo: «La "Guerra de los Treinta Años" del siglo XX (1914-1945)»; el tercero: «El mundo bipolar y la descolonización (1945-1991)», y el cuarto y último: «La era de la globalización (de 1991 a nuestros días)».

Excepto el último de estos apartados, que por su inmediatez viene tratado de una forma algo más general, los tres primeros vienen analizados desde dos perspectivas

complementarias: en un primer bloque se analizan la dinámica política y de las relaciones internacionales; a continuación, vienen desarrollados unos llamados «temas transversales», donde se concretan temas de dinámica demográfica y social, de economía, de los grandes sistemas doctrinales, de la dinámica cultural general o de la evolución (¿revolución?) técnico-científica.